



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Aburrimiento.



—La verdad es que no debía una casarse con un hombre solo. Porque tiene sus quehaceres y sus negocios fuera de casa, y... ¿con qué se entretiene una?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Celos sin funda, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Ese sombrero!, por Fiacro Yrizar.—La estatua del príncipe, por Alejandro Larrabiera.—Excavaciones, por Clarín.—Mimicatura, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Aburrimiento.—Los presumidos (dos viñetas).—La administración municipal (cinco viñetas).—Excavaciones (catorce viñetas).—España cómica: Vitoria, por Cilla.

DE TODO UN POCO

Continúa sobre el tapete la cuestión Cabriñana.

En el café, en el teatro, en paseo, en los círculos políticos y literarios, en todas partes se comenta la famosa sesión del Ayuntamiento, y hay personas que se indignan y descargan puñetazos sobre lo primero que encuentran á tiro.

—¡Es un escándalo! ¡Ya no hay dignidad, ni honor, ni sentido jurídico, ni nada absolutamente!—grita lleno de indignación un entusiasta de la justicia. Hay que hacer algo práctico.

—Bueno—se le dice.—Vamos á organizar una manifestación de protesta contra los concejales acusados por Cabriñana.

—¡Hombre!—replica el exaltado bajando el tono.—Yo no tendría inconveniente en ello, pero á mí me lleva la leche de burras un sujeto que viene á ser primo segundo de una ama de cría que está lactando en casa de un concejal y no quisiera significarme ni perder las relaciones...

De todo ello resulta que aquí nos enfadamos muchísimo y cogemos el cielo con las manos cada vez que nos dan cuenta de un abuso; pero son pocos los que se sacrifican en aras de la moral.

Hay sujeto que ha ido á dejar su tarjeta en casa del valeroso marqués y antes de entrar en el portal dirigía miradas en derredor como si temiese ser sorprendido por los concejales acusados.

—¡Demonio!—iba diciendo entre sí.—Sentiría que me sorprendieran los concejales realizando este acto, que yo creo justísimo. Porque, la verdad, no me gusta enemistarme con nadie...

Aun los que parecen más justos y de conciencia más exquisita le dicen á usted con la mayor naturalidad del mundo:

—Sí, señor; estamos en el caso de expresar nuestras simpatías al marqués... pero ¿á nosotros quién nos mete á desfacer entuertos!

Hemos llegado á tal extremo egoísta, que nada nos altera ni nos saca de nuestra actitud expectante.

—¡Sabe usted lo que hay!—dice uno en la tertulia del café.

—¡Qué hay?

Que á D. Onofre, nuestro compañero de tertulia, le está esperando en la esquina un vecino suyo americano para romperle la cabeza.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Porque parece que D. Onofre ha hablado mal de los loros, y el vecino tiene uno y no quiere que nadie le falte.

—¡Pobre D. Onofre!—dicen todos los de la tertulia; pero ninguno acude á evitar la agresión, y lo más que hacen es decir con acento compasivo:

—¡Pero, señor, cómo está el mundo! ¡Bueno le van á dejar á D. Onofre! ¡Él que es tan poca cosa y además padece de la rabadilla!...

—Bueno; pero ¿quién le manda meterse con los loros? ¿No comprende usted que es herir la susceptibilidad de los aficionados á aves ultramarinas?

Y no sólo dejan indefenso á D. Onofre, sino que le critican sin piedad, echándole en cara su ligereza al juzgar á los loros, que al fin y al cabo merecen la consideración de las personas decentes.

Sólo variamos de conducta y abandonamos nuestra actitud pasiva cuando se trata de la conveniencia personal.

Diga usted en la tertulia del café que están repartiendo pe-

setas en la Puerta del Sol, y ya verá cómo todos se levantan y corren á buscar su peseta correspondiente; diga usted á los contertulios de antes que D. Onofre les espera para llevarles á la fonda ó que va á estrenar una comedia y quierá repartir billetes entre sus amigos, y todos acudirán á saludarle y á pedirle palcos y butacas.

Mientras un tal Calvete, que iba al café del Vapor, estuvo en pleito con su suegro, y andaba el hombre mal de ropa, y se quejaba de su suerte, nadie le daba la razón ni se conmovía con la historia de sus desgracias; pero en cuanto se resolvió el asunto y entró Calvete en posesión de su herencia, todos le festejaban y le reían los chistes, y alguno llegó hasta pegarse con el mozo porque oyó á éste decir una tarde que Calvete tenía los ojos tiernos.

—¡El que falte al Sr. Calvete me falta á mí!—gritaba el defensor del aludido.

Y se lió á cachetes con el mozo.

Por eso decía que el egoísmo es la enfermedad de moda; y si no lo he dicho antes, lo digo en este momento.

Si yo no fuera amigo sincero de Jacinto Picón, diría ahora, y diría perfectamente, que su último libro, *Cuentos de mi tiempo*, merece figurar entre las mejores obras de nuestros primeros escritores; pero, si bien se mira, no hay necesidad de que yo lo afirme.

El público todo conoce á Picón como cuentista ameno y literato distinguidísimo; y sin elogios de mi parte ni anuncios en las esquinas, ni sueltos de periódicos de gran circulación, comprará el tomo, que lleva en la portada un precioso dibujo de Gomar y está maravillosamente impreso en casa de Foranet.

Luis Taboada.

CÉLOS SIN FUNDA

(ES DECIR, INFUNDADOS)

Hace muchos años se efectuó la unión de doña Gertrudis y don Hilarión. Ya no son dos chicos ni aun son dos peleles, son un buen modelo de consortes fieles, y como en sus almas queda combustible, ambos son celosos hasta lo increíble. Causa son de risa para mucha gente, y hace un mes entre ellos hubo lo siguiente: Él, como empleado del Gobierno, pasa cerca de seis horas fuera de su casa; y se dijo un día: «Si mi cara esposa, mientras yo estoy fuera por razón forzosa, como no la veo, se me irá de pingo con su primo cuarto Cucufate Mingo? Yo sabré muy pronto si es infiel la indina. Cuando no me espere, dejo la oficina, voy á casa, falsan ella y Cucufate, se confirma todo y hago un disparate.» Efectivamente, fué don Hilarión cuatro ó cinco tardes á su habitación, y ni un día en ella su mujer estaba: ¡prueba concluyente de que le faltaba! Y Gertrudis, mientras, para sí decía: «Si mi esposo amado, por desgracia mía,

cuando yo le creo preso en su tarea, se irá con su prima Soledad Guinea? ¡Yo iré á la oficina! ¿Que no está mi esposo? Pues hay que tacharle de libidinoso y le doy un día cuatro pescozones para que no busque primas ni bordones.» Y en tanto iba ella con aire modesto á ver si él estaba sentado en su puesto, el hombre á su casa marchaba escamado, por ver si Gertrudis se había escapado. Aunque haya quien diga que no puede ser, jamás se encontraron marido y mujer. ¡Claro! así aumentaban más y más sus dudas, y como éstas iban siendo pistonudas, ni doña Gertrudis ni don Hilarión daban por concluida la investigación; hasta que la esposa, por faltar de casa y dejar las llaves á la Nicolasa, se encontró una noche con que dos bandidos le habían robado joyas y vestidos, mientras al esposo, vista la frecuencia con que se marchaba sin pedir licencia, el ministro, que era poco tolerante, sin andarse en bromas, le dejó cesante.

Es decir que, siendo buenos los esposos, por su escama necia ya no son dichosos, mientras que sus primos (vrs: aparentes) siguen tan campantes y tan inocentes.

Sí, lectores míos, nunca ardáis en celos, pues á veces causan chascos y desvelos, como ha sucedido, por su obcecación, á doña Gertrudis y á don Hilarión.

Juan Pérez Zúñiga.

¡Ese sombrero!

Una señora elegante, noches atrás, en Apolo, ocupaba una butaca (creo que en la fila ocho), llevando puesto uno de esos sombreros estrepitosos que tanto gustan hoy día, llenos de cintas y adornos. Un guasón, á quien sin duda le parecía un estorbo tener ante sus narices semejante promontorio, le dijo al que estaba al lado, que era un chico de Logroño: —¿Cuánto va á que esta señora, como queramos nosotros, se quite ese sombrero tan lleno de perifollos? —Eso no va á ser posible. —¡Ya lo creo!

—¿De qué modo? —Tú verás si se lo quita. ¡Ya lo verás... y qué pronto! Y acercándose al oído, le dijo con mucho aplomo: —Señora, con el sombrero está molestando al prójimo. Si hiciera usted el favor de quitárselo del todo... Claro está que la señora

no hizo el caso más remoto, y continuó tan tranquila, sin volver siquiera el rostro. Pero á los pocos momentos insistió de nuevo el mozo, diciendo con más coraje y algo menos respetuoso: —Señora, que con sus plumas está molestando á todos, y nos hace usted pasar las penas del purgatorio. ¡Nada! ¡Silencio en la dama! ¡Vuelta al desprecio espantoso!... Hasta que, al fin, el muchacho, cogiendo atrevido el hongo, se cubrió tranquilamente, llenando á todos de asombro, La gente, al ver tal descaro, por ser el lugar impropio, protestó exclamando: —¡Fuera! ¡Fuera ese sombrero! ¡Pronto! Y creyendo la señora, ya advertida por el otro, que eran por ella las frases que se escuchaban á coro, corrida y avergonzada y con el semblante rojo... ¡se quitó su sombrero... y nos alegramos todos!

Fuero Trápez

LA ESTATUA DEL PRÍNCIPE

I

En los años de la Nanita regía el principado de Tranquiápolis un rey que, careciendo de sentido común, teniase por un Salomón, y siendo más feo que Picio se creía un Adonis.

Y tanta era su vanidad y soberbia que, á estilo de los príncipes egipcios, quiso en vida glorificarse, aun cuando para esto no contase con otras hazañas que las de atropellar doncellas y tiranizar los súbditos de su desdichadísimo reino.

Para realizar su intento, llamó á la corte á los artífices de mayor nombradía, y les encomendó emplazasen á la entrada de Tranquiápolis una colosal estatua de granito en la que el reyecín apareciese como un gigantón que fuera el asombro de sus contemporáneos y de las generaciones venideras.

Acabáronla los artífices á gusto de su dueño, y en el pedestal, que sustentaba la inmensa mole granítica, grabaron esta inscripción, dictada por el soberbio monarca:

«ESTE ES EL GRANDE PALOVIO III, EL MÁS GLORIOSO DE LOS REYES QUE HA CONOCIDO LA TIERRA.»

II

Por su valor intrínseco, la estatua llegó á ser el pasmo de las gentes que de todas partes acudían á verla.

Algún que otro extranjero incauto que no sabía palabra de quién pudiese ser el más glorioso de los reyes que ha conocido la tierra, preguntaba al primer tranquiapolense que hallaba á mano:

—Dime, ¿quién es este magnífico príncipe que tan grande estatua tiene en su honor?...

El interpelado solía contestar encogiéndose de hombros desdeñosamente.

—¿Qué reinos ha conquistado?—continuaba el curioso, admirado de aquella falta de respeto.—¿Cuáles son sus obras?... ¿Es algún héroe vuestro? ¿Es acaso hijo de los dioses?...

—¡Psh!—replicaba al oído del extranjero el tranquiapolense.—Palavio III no ha conquistado nada, ni tiene obra meritoria alguna, ni es héroe ni hijo de los dioses, sino un mortal como tú y como yo, pero terriblemente vanidoso y estúpido... Su necedad le ha obligado á perpetuar su memoria.

III

Al cabo de unos cuantos años, cierta tarde cayó con grande estrépito la colosal estatua.

La inmensa mole granítica, al chocar contra la tierra, se hizo polvo.

El rey, los cortesanos y el pueblo acudieron presurosos: el rey, al ver tal ruina, púsose lívido de coraje, los nobles simulaban un pesar que no sentían y el pupalacho mostrábase gozoso por lo acaecido.

Mandó el soberano que compareciesen los artífices constructores de su estatua para responder de aquel inesperado derrumbamiento.

Los artífices, temblando de miedo porque ya se daban por empalados ó cosa peor, procedieron á reconocer, en presencia de la corte, el interior del pedestal.

A los pocos momentos dijeron al monarca, que impaciente aguarda su dictamen:

—Señor, las hormigas tienen la culpa de todo.

—¿Las hormigas?—repitió el rey con asombro.

—Sí, Grandeza—afirmó el jefe de los artífices:—han convertido el interior del pedestal en granero: el tiempo ha hecho que millones de hormigas lo convirtieran en su vivienda, socavando los cimientos hasta arruinar la base en que descansaba la estatua.

El bufón de la corte, al oír esto, dijo á su señor, riéndose como un loco:

—¿Ves, hombre?... Cuando los fatuos, llevados de su soberbia, se glorifican como tú has hecho, nunca faltan hormigas que se encarguen de hacer justicia.

Alejandro Larribera.

LOS PRESUMIDOS



—Me fastidian los cristales de los escaparates donde no se ve uno. Porque no sabe uno si se ha tapado la cruz ó no se ha tapado.



—¡Recontra! ¡Qué mirada tan hermosa tengo!

La administración municipal.



—Pensar que estos dos baches que voy á tapar de mala manera le cuestan al Ayuntamiento más de tres mil duros! ¡A mil quinientos duros por bache!

—Y esto dice usted que es el impuesto sobre el gas?
—Sí, señor.
—Y diga usted, ¿qué concejal es el que piensa hacerse un hotelito con este impuesto?



—¡Llaman! ¿Será un concejal?
¿Será de los malos?



—¿Vas tú el trabajo que nos cuesta barrer las calles?
—Sí, señor.
—Pues más trabajo nos costaría barrer la casa de la Villa.

—No vuelvo á vender el voto por tres pesetas... ¡aun- que se empeñe Dios! Lo menos que pido son diez du- ros... Porque sobre que le han de hacer producir cien- to veinticinco...

Excavaciones.

Ó *fatillas*, como diría un arqueólogo de esos que son sabios á medio traducir y escriben *ph* en vez de *f* y llaman á Mahoma Mahomet.

Pero mi arqueólogo no; decía excavaciones, sólo que en su lengua, que era, es decir, será, la que se hablaba, es decir, se habla, en Madagascar allá por los años de 12440 después de Fabié, que será la novísima era para el cómputo que usan los sabios por aquel tiempo. Pero, en fin, calló yo, y dejó la palabra á mi arqueólogo de 12440 de la era fabiana.

En su número 15.222, dice *La Revista Nueva* de Tananarive, con la firma del bachiller Taparabolona, lo siguiente:

«Voy á escribir las últimas palabras en esta cuestión, ya enojosa, de las excavaciones llevadas á cabo en la antigua España Tarraconense por los sabios Majunjasincapa, mi paisano, Pentakaideca, griego, y el que suscribe. El Sr. Pentakaideca, arriando el ascua á su sardina, se empeña en que los *iconos*, como él dice, descubiertos en los *stilos* y *glorias* (véase explicación de esta última palabra en Jovellanos. Viaje de Madrid á Gijón) de la Tarraconense pertenecen á alguna colonia griega, ó de ella fueron trasladados al lugar en que los hemos descubierto. Se funda en la relación que estas imágenes, perfectamente conservadas, tienen, en apariencia, con las representaciones de la mitología clásica. Ciégale el patriotismo al sabio heleno; porque si no, vería que algunas de las figuras descubiertas ninguna analogía guardan con mito alguno griego, y son, como veremos, de carácter indio unas (figuras 1, 2 y 3) y otras de filiación asiria (13 y 14); pero sólo por extraña coincidencia, por apariencia pura; ni más ni menos que las demás representaciones se nos figuran griegas y son, como todas, genuinamente españolas. ¡Qué duda cabe!

La humanidad se repite; hace ya más de ciento veinte siglos que la sabiduría embrionaria de los famosos europeos, llamados después «Los presuntuosos» por la historia, comprendió que las supuestas relaciones entre mitologías y mitologías de pueblos y más pueblos no eran más que naturales coincidencias de la limitada imaginación humana.

Pues esto pasa aquí. La analogía con mitos griegos, asirios ó indios de nuestros descubrimientos es evidente; pero el hecho de haberse encontrado todas esas imágenes juntas en las mismas excavaciones, en la España Tarraconense, en viviendas de época muy posterior á la de esas colonias griegas de que se habla, y de construcción relativamente muy adelantada, desbarata por sí solo la hipótesis del *helentizante*. ¡Qué hacían juntos en esos humildes albergues de la España de Viriato Campos, tal vez posterior á la época de Felipe II y de la Inquisición, qué hacían juntos Brahma y Saraswati con Kronos y Astarté, Baal y Neptunof! ¡Valiente pandemium! El Panteón estaba en Roma, pero no en un *vico* de Castilla.

Lo que hay es, Sr. Pentakaideca, que de estas cosas no se puede hablar no siendo especialista; lo que hoy se entiende por especialista. Para los que estudian la historia ó *grandes rasgos*, ¿qué importa confundir lo que pasó hace doce mil cuatrocientos años con lo que pasó hace quince mil, por ejemplo? Pero, amigo, yo me he consagrado toda la vida á estudiar un *rincón del tiempo y del espacio*, y en esa especialidad nadie me mete mano, como se dice vulgarmente; y como todas las figuras descubiertas tienen completa y satisfactoria explicación concreta, minuciosa, en los pormenores de la especialidad *microscópica* que cultivo, ante semejante luz, háganse atrás las penumbras de esas vaguedades mitológicas. Y basta de preámbulo. Voy á examinar figura por figura todas las descubiertas; á indicar la *aparente* explicación mitológica y á dar la verdadera, la histórica. Diré antes, en general, que se trata del primer siglo de la era de Fabié, el Aristóteles de los Bereberes peninsulares, el amigo del Alejandro de los Turdetanos, Viriato Campos, á quien algunos historiadores antiguos, que lejan mal la lengua española, llamaban Martinezdóm Arsenico. Todos los *iconos* (risum teneatis) descubiertos se refieren á un cortísimo período de la historia española de hace esa infinidad de siglos. ¡Cuán fácilmente, después de mucho más de doce mil años, se confunden lugares, personas, ideas, sucesos, si no se es verdadero especialista! ¡Qué diría Sagasta (sabe Pentakaideca quién era Sagasta!), tan maleante y socarrón, si viera confundido un parecidísimo retrato suyo nada menos que con el de *Cronos*, el dios del tiempo, á quien por cierto Sagasta tributaba fervoroso culto! Pero, ¡al grano, al grano!



Fig. 1.

Si nos empeñáramos en ver en la figura 1 una representación de la mitología de los Vedas, podríamos atribuirla al dios *Agni*, el *Jupiter stercus* de los latinos, y lo que lleva en la mano derecha sería el rayo... si no fuese clarísimamente... una banderilla de las de lujo. Estamos en España, y esa imagen es una alegoría de la España católica (véase la tiara) apostólica... y torera, montada sobre un lorito ó una cotorra, que es, indudablemente, el parlamentarismo. Estamos, de fijo, en la España del siglo XIX d. d. J. C., 1.º de Fabié, la España del P. Claret, Pepe Hillo y Romero Robledo.

Prosigamos. Según las semejanzas aparentes, este señor montado en un elefante y con una especie de tirabuzón en la mano es *Agni* otra vez; pero no hay tales carneros. Confieso, sin embargo, que en la interpretación *española* esta figura es la que más dificultades me ofrece, por la misma variedad de asuntos á que cabe referirla. Por lo del colmillo retorcido, parece que se trata de Silvela, y aun también por lo de haberle dejado Cánovas con un palmo de narices, que pueden estar simbolizadas por la trompa. La trompa, por otra parte, puede ser épica, y ésta la tocaba *La Epoca* en favor del Gobierno conservador, que puede ser el jinete, con la sartén cogida por el mango. *La Epoca*, además, por lo pesada y parsimoniosa, podía ser comparada con el inteligente personaje de *ancha base*. Pero todas estas son conjeturas. De fijo se trata de la situación Cánovas, pero vaya usted á saber quién, entre los muchos que pueden serlo, será efectivamente ese elefante.



Fig. 2.



Fig. 3.

Nada de eso. Ese es, ni más ni menos, el retrato, un poco favorecido, de Viriato Campos, ó según el vulgo Martínez Campos. Está brindando con la paz, que era el constante anhelo de este rayo de la guerra; la paz, origen de la discordia entre Viriato y Cánovas el *melodo*, presidente del Gobierno, favorito de las Musas, que eran el poder moderador, por lo visto, en aquel tiempo. Este Cánovas quería la guerra, más que por iniciativa propia, por lo que se sabrá en las leyendas de las dos figuras siguientes.



Fig. 4.

No es una representación de *Eros*, el amor, como quiere mi contrario, sino la imagen de

Fig. 4.

Cánovas, el león enamorado de una doncella, Elisa, que, en efecto, en figura de amorcillo, y con la lira del propio Cánovas, lo monta, lo doma, león y todo, y le hace *marcar* el paso como á un recruta. Esta influencia amorosa se confirma en la figura siguiente.

De un lado, tenemos las Tres Gracias, griegas efectivamente; y, huyendo de ellas, la Justicia (¡ó el dere-



Fig. 5.

chof) con la vara en la mano y la balanza colgada de la vara. Obsérvese que el tamaño de la Justicia (ó derecho) es muy inferior al de las Gracias; se trata del ministerio de Gracia y Justicia, es decir, se trata de Romero Robledo que, por mediación de las Gracias, hacía de Cánovas lo que quería.

Este señor del tenedor no es Poseidón ó Neptuno, ni cosa que lo valga. Es Beránger, ministro de Marina, que tiene cogida por la cola, para que no se le escape, la anguilla-periódica. No puede estar más claro.



Fig. 7.



Fig. 8.

¿Que quién es este buen mozo, sentado muy cómodamente sobre una cuba, ó cosa así? Pues es un ministro novel (sin pelo de barba), el ministro de Ultramar, sentado sobre la cuestión de Cuba, sin ningún género de prisa; tan guapo y tan fresco.



Fig. 9.

En cambio, ¿qué preocupado aparece este personaje, que se ha querido que fuese Cronos, ó Saturno, en persona! Es D. Alejandro Pidal, meditando sobre la fragilidad de los distritos y de las presidencias. Era guapo también, de lengua y rizada barba. Lleva el hábito (bien se le ve la capucha) de los Dominicos (*Dominicus*, de *dominus*, señor), y era de esta orden de los señores; en muchos papeles mojados aparece como señor de todas las Asturias. Era el P. Provincial de la Orden, por lo visto, entre los Cántabros occidentales.



Fig. 10.

una Compañía de vapores, no de hélice, sino de mucha cola.

¡Otra vez Cronos, según mi contradictor! ¡Qué Saturno!

No, señor, Sagasta, el hombre del tupé y el de la barba para rascarse. Está dándole tiempo al tiempo.

No es el dios de las dilaciones, sino su idólatra. ¿Qué tiene en la mano? A mi ver, la espada de la Justicia... un poco torcida.

No es Tetis, ni Thetis, es sencillamente la *Trasatlántica*; No es Tetis, ni Thetis, es sencillamente la *Trasatlántica*; una Compañía de vapores, no de hélice, sino de mucha cola.



Fig. 11.

Aquí tenemos á Fabié en persona, representado en la figura de una bacante que se queja. Es Fabié que llora... por una vacante.



Fig. 12.

Tiene un tirso en la mano, pero no es Tirso Rodríguez. Se ha dicho que eran Astarté y Baal, dioses asirios. Pues no hay tal. Son caricaturas ministeriales de Rafael Gasset y Tesifonte Gallego, corresponsales en Cuba, respectivamente, de *El Imparcial* y del *Heraldo*, y un par de diablos en concepto del



Fig. 13.



Fig. 14.

Gobierno, á quien no dejan que comulgue al país con ruedas de molino, y por eso se les representa con formas infernales.

Ya lo sabe Pentakaideca: hay que ser especialista. Y como decían los Turdetanos: para hacer objeciones... hay que ser también especialista.—TAPARABOLONA.

Es copia,
Clarín.

MINIATURA

Pasaron ¡ay! los vates moscardones víctimas de un amor que no existía que hablaban de sepulcros y blandones y de sauces llorones y del reposo de la tumba fría.

Ya nadie escribe versos ni se mata llorando los desdenes de una ingrata, ni saca á relucir el hado impío que al blando corazón hiere y maltrata destruyendo el amante desvarío.

Pero... no hay que entregarse á la alegría con entusiasmo loco é imprudente, porque esa poesía volverá á estar de moda cualquier día... ¡La necesidad retoña eternamente!

Sinesio Delgado.

ESPAÑA CÓMICA.



En la ciudad municipal tan elegante como Barrio.



Trocos.



Allí no limpian las calles haciendo el cuerpo bíblico, y así se pueden las calles y así a España limpia.



En las Alpujarras, se comen el...



La torre de San Francisco.



Un punto de turismo, en la mansión calle de San Francisco.



Los escogidos de la Simpatía pública, que visitan como los gnomos de Alemania.



—Hace tiempo así?



Esto es lo que se ve por todas partes.



¿Cual? así no quedan toreros disponibles para los palcos.

CHISMES Y CUENTOS.

¡Ande el barato, señores!
 ¡Quién por cinco céntimos no ve su nombre en letras de molde!
 Para los procesos del señor marqués de Cabriñana, señores, ¡ande el barato!

La prensa, cuando se pone cursi... ¡ay! es muy cursi.
 ¿Cómo no se quejarán los suscriptores de que les suelten todos los días un par de planas llenas de nombres oscuros, y otro par de planas con noticias referentes al asunto de las denuncias?
 ¡Dios mío! ¿cómo no se quejarán?

En el número anterior me lamentaba yo de que tocante á aquello del beneficio de los pobres dado en el Español por Sarah Bernhardt y María Guerrero (y del cual ya nadie se acuerda á estas horas) hubiera callado como una muerta la contaduría de nuestro coliseo clásico.
 Pero casi al par que mis lamentaciones se publicaba una aclaración oficial que partía los corazones.
 Decía en ella el Sr. Guerrero que se asombraba de que por semejante pequenez se hubiese movido tal alboroto, porque lo cierto del caso era que él y el empresario de Sarah habían convenido *a priori* repartirse las primeras cinco mil pesetas que ingresaran en el despacho y... el cincuenta por ciento de lo restante.

De modo que, habiendo convenido en eso, ¿cómo podían faltar al convenio para quedar mal consigo mismos?
 Esto está más claro que el agua.
 De modo que mañana, si Dios quiere, me voy yo á echar á pedir para las Hermanitas de los pobres, pongo por ejemplo, acordando previamente yo solo que de lo que saque tengo que hacerme una capita con embozos de terciopelo...
 Y ¿quién se va á enfadar porque cumpla el acuerdo? ¡Nadie!

Pero lo chusco del incidente no es eso.
 Lo chusco es que el corresponsal de *El Imparcial* en Lisboa ha conferenciado con Schurman, el célebre Schurman, administrador ó empresario, ó lo que sea, de Sarah Bernhardt, y... verán ustedes:
 «Habiéndole preguntado qué cantidad percibieron él y su compañía, me contestó que el asunto es demasiado personal para tener que dar cualquier género de explicaciones al público...
 ...Mr. Schurman me ha declarado que le disgusta profundamente el incidente.»

Vamos, sí,
 porque es tan delicado en este punto que no quiere que le hablen del asunto,

como decía Zamacois en no sé qué pieza.
 Por cierto que no sé por qué están pasando malos ratos los concejales acusados estos días.
 ¿Tienen más que decir que el asunto es demasiado personal para tener que dar explicaciones, y que les molesta que se hable de semejante cosa?

¿Quién decía que estábamos en la miseria?
 ¿Quién creía que la guerra de Cuba iba á arruinarlos completamente?
 ¿Si estamos nadando en la abundancia!
 ¿Si nunca ha sobrado el dinero como ahora!
 Prueba al canto:

«El ministerio de Fomento ha adquirido por 100.000 pesetas, con destino á la Real Academia de la Historia, la colección de libros orientales que poseía D. Manuel Gayangos.
 También ha comprado por 150.000 pesetas, con destino al Museo Arqueológico, el monetario árabe español de D. Antonio Verges.»
 Me parece que cuando una nación se gasta cincuenta mil duros en libros orientales y monetarios árabigos... no puede estar más floreciente.
 Digo, á no ser que el Gobierno haya pensado seriamente en anexionar nuestro territorio al de Marruecos, y en ese caso... ¡que se vaya á freir espárragos Cabal! Lo importante es que sepamos hablar el moro...

Leo:
 «Los ladrones subterráneos se hallaban en la alcantarilla de la plaza del Ángel trabajando en un escape que conducía á los almacenes de los hijos de Avial. Se ha establecido la conveniente vigilancia en la casa antes citada, y parece seguro que caerán los ladrones en poder de la policía.»
 Pues á mí no sólo no me parece seguro, sino que me parece imposible.
 Porque si ustedes los avisan con oportunidad... ¿no van á ser tan imbéciles que se metan en la ratonera!

Somos los últimos en anunciar la publicación del tomo de *Cuentos nacionales*, de nuestro amigo y colaborador D. Ángel R. Chaves.
 Tan tarde llegamos, que venimos á participárselo á ustedes cuando está á punto de agotarse la primera edición. El éxito del libro ha sido completo y justo, aunque nos esté mal el decirlo. Toda la prensa ha saludado su aparición con frases de encomio, y el público, que no tiene tan mal gusto como han dado en decir los escritores malos, le ha recibido con palmas.
 El triunfo de Chaves casi es nuestro y... estamos bañándonos en agua de rosas.

¿Se acuerdan ustedes de aquel infeliz de quien dijimos que había sido condenado á ocho años de presidio por tratar de cambiar dos pesetas falsas?

Pues no ha habido tales carneros.

El fiscal pedía esa pena efectivamente, pero el acusado ha tenido la suerte de que le defienda el joven y notable letrado D. Ángel Ossorio y Gallardo... y ha sido absuelto afortunadamente. Esto no es bombo, ¡vive Dios! es una rectificación necesaria.

★

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. R. I.—Cada seguidilla tiene una idea que peca de vulgar.

P. P. y W.—El asunto, que es conocido hasta de las criaturas del preparatorio, podía además haberse resuelto en ocho versos, á todo tirar. Hasta creo que se ha hecho así algunas veces.

Un manchego catalanizado.—¿Quiere usted que se la publique lo antes que pueda? Pues puedo ahora mismo:

«¡Á UNA LUZ!

Que chisporroteo más feroz
exhala con frenesí
luz de mis ojos, sí, sí,
tan lígubre y tan atroz.
Querías oh loco tormento
dejar de torturarme
este amor que va á abrasarme
al recordar, memento.»

Queda usted complacido, yo quedo complacido y todos quedamos complacidos.

Uno del coro.—De la índole del periódico no es, pero tampoco está mal hecha.

Chirigotero.—Por ser la primera producción voy á insertarla, ¡qué carap! Hay que proteger á los que empiezan.

«Sale la aurora azul resplandeciente
mientras la luna oculta su faz blanca
echando chispas y asombrando á gente
y el sol su cetro de su mano arranca
rechazando tinieblas por Oriente.
¡ira de Dios! Á Diana la desbanca
nuevo rey á quien dan los buenos días
desde la rana hasta las aves frías.»

Sr. D. S. B.—Siento no estar de acuerdo con usted en aquello de que «de los gazapos abrasados»

tiene las sílabas precisas. Le sobra ¡ay! una.

Sr. D. J. R.—La lístima es... que casi todos los versos están mal medidos.

Sr. D. E. P.—¡Caramba! Yo deseando aprovechar algo y usted escogiendo unos asuntos vulgarísimos siempre, y desarrollándolos con vulgaridad asimismo.

Un turco.—Efectivamente no me parece publicable. ¡Otra vez será!

Ziguester.—En verdad, en verdad os digo que no se puede estudiar metafísica.

Porque luego no se le entiende á uno lo que quiere decir en los versos.

Sr. D. S. B.—Ambas son muy endebles en el fondo y en la forma. Una pregunta, y no se enfade usted por eso: ¿por qué les ha declarado usted la guerra á las hachas?

Hablan y hemos se escriben así, y no de otro modo, hasta nueva orden.

Sr. D. N. A.—Ya tratamos bastante el asunto y no conviene abusar. ¡Demasiado abusan nuestros distinguidos colegas!

Un arenque.—Tenga usted mucho cuidado, por Dios, porque á lo mejor le salen á uno los romances pedestres, y ni para que los canten los ciegos sirven.

Un escritor vulgar.—De ese defecto adolece el cuento únicamente. Á pesar de lo cual tiene interés y está hecho con soltura. Lo de no poder admitir artículos no es cuestión de firmas, sino de que no queda espacio suficiente nunca, y los trabajos de los redactores prosaicos están arreglados de modo que... no dejan hueco para la colaboración.

Un metafísico.—Eso sí se entiende, pero no tiene nada de particular. Lo de «y no desbarro» es un ripio como una casa.

Sr. D. A. E.—Digo á usted lo mismo que á D. N. A., un poco más arriba.

Serpentón.—Publicaré la primera, si á usted le parece. Con una basta.

«Á MI TINTERO

O tintero que me sirves
para publicar mi mente
con ayuda de mi pluma
lo dices muy francamente.»

Sr. D. D. J.—Eso estaría bien, pongo por ejemplo, en el álbum del interesado, si lo tuviere, por su desgracia. Pero en un periódico no es oportuno, ni mucho menos.

Don Fermín Tirillas.—El asunto es insignificante para una composición tan larga.

Un cargante.—¡Cáspita! Tampoco encuentro ninguna aprovechable. Y... crea usted que no me vendría mal, para ahorrarme trabajo.

Pérez.—Empieza usted:

«Una zíngara una vieja gitana
tenía en la inocente criatura
fija su vista, ella revelaba
la perversidad de su alma impura.»

Y de los cuatro sólo el segundo tiene las sílabas reglamentarias. Los otros ¡qué más quisieran que ser endecasílabos! (Á no ser que ocurra lo que hace pocos días, que los cajistas se me comieron la sílaba que sobraba, y juraba yo que era largo un verso que no lo era. ¡Bien caras he pagado las culpas ajenas á estas horas, porque me han encendido á latigazos!)

Si resucitara Guten-
berg, hay sabio que sustenta
que inventaría la imprenta
por sólo elogiar el *Gluten*.

LIBERALES Y CALVENTE

Fábrica: Trafalgar, 9. Venta: principales Ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE,
MÁLAGA—MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 3 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambra y, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 23 sup.º